

judío, locura al gentil, era, fuerza es confesarlo, además de la giganteca empresa de hacerse adorar como el Dios único con exclusion de todos los dioses, un designio sobrehumano, tanto por su santidad como con respecto al poder, según vino á justificar su ejecucion.

Por la santidad, cuyo signo venia á ser la Cruz, debía este proyecto sublevar todas las rebeliones de la naturaleza humana, las cuales debía dominar el poder; pero especialmente y ¡cosa admirable! sin violentar esta naturaleza noble hasta en su corrupcion, respetando y experimentando su libertad.

Con estas condiciones debía ser puesto el adorable autor de esta maravilla, JESUCRISTO, como blanco á la contradicción de los hombres, para su ruina ó su resurreccion por medio de la prueba.

Según lo expuesto, el ponerse en cuestion la divinidad de Jesucristo prueba hasta lo sumo esta divinidad: esto la implica.

Porque, en efecto, ¿qué prueba mejor de que habia en Jesús una potestad verdaderamente divina, que contrapesar toda la naturaleza humana sublevada por el horror de su Cruz, como acabamos de ver que contrapesaba todo el ideal de la naturaleza divina? ¿Cómo pudo sostener mano á mano esta guerra que vino á declarar al mundo para salvarlo? ¿Se pone en cuestion su divinidad! Pero esto es lo que constituye su carácter, lo que forma su evidencia: la rebelion de la naturaleza humana suscitada contra él incesantemente sin poder jamás prevalecer contra su Cruz que domina todas sus sublevaciones. Está en cuestion, como la roca sacudida por las olas. Este estado de JESUCRISTO prueba doblemente su divinidad; como testimonio de su santidad que suscita, y como testimonio de su potestad que domina todas las rebeliones del mal.

Hé aquí lo que resulta de la cuestion propuesta.

II.

En cuanto al método de la impiedad para resolver negativamente esta cuestion, no prueba ni implica menos la afirmativa.

Si no fuera Jesús Dios, si solo fuese hombre, y su obra un hecho humano, nada debería ser más fácil de probar. Concibo que sea difícil hasta lo imposible probar que un hombre puro sea Dios; pero debería ser sumamente fácil probar que un hombre es hombre. ¿Quién ha empleado seriamente tiempo alguno, no digo entre nosotros, pueblos ilustrados, sino aun entre los que obedecieron á las supersticiones, para demostrar que no eran verdaderos dioses Mercurio, Apolo y Baco? Jamás se ha suscitado controversia alguna sobre esto. Alejandro se llamó hijo de Júpiter; pero toda la Grecia se rió de esta supercheria, y asimismo jamás fué cosa seria para los romanos la apotheosis de los emperadores romanos. Mahoma solo se presentó como un simple instrumento ó agente de la Divinidad, y no presentando otra prueba que el sable, sin que le hiciera el honor de discutir sobre ello jamás pluma alguna.

¿Cómo es para nosotros la divinidad de JESUCRISTO una cosa, no sola-

mente tan seria sino tan insuperable? Porque hace ya mil ochocientos años que se trabaja para destruirla. ¡Cuántas plumas no se han gastado desde Celso hasta Strauss; cuántos volúmenes se han acumulado, cuántos trabajos se han emprendido, se han hecho, deshecho y vuelto á hacer; cuántas armas se han renovado, cuyos trozos han caído al pié de este yunque que ha quebrado todos los martillos, y donde yacen confundidos con una celebridad peor que el olvido, todos los temerarios agresores de esta divinidad invencible!

Al fin, viene M. Renan. Toda soberanía va á postrarse ante su crítica; va á atacar al Dios de lo pasado, y á mirar cara á cara á Aquel ante quien se han inclinado generaciones de adoradores. Oigámosle.

En tamaño esfuerzo, debe permitirse una parte de adivinacion y de conjetura. Y aun según M. Scherer, una gran parte; y de adivinacion novelesca y de conjetura errónea, en lugar del análisis de los testimonios, de la apreciacion de las pruebas y de informaciones auténticas que sería el partido más digno que pudiera tomarse, pero que tiene el inconveniente de ser imposible.

¡Qué confesion! ¡qué homenaje!

Pero aun hay más. En tamaño esfuerzo, deben suspenderse las leyes eternas del sentido moral y del sentido comun: más aun; deben destruirse. Es imposible la empresa si no se admite en voz muy alta que la sinceridad tiene muchas medidas, etc., y si según las limitadas ideas que se han divulgado sobre la locura, se considera como no sano á quien dice cosas de que no tiene conciencia ó que no sabe fijamente y en que se produce el pensamiento sin que le llame y regule la voluntad.—Toda la crítica se falsea si se parte del principio que todo personaje histórico á quien se atribuyen actos que tenemos por insensatos ó de charlatanismo, ha sido un charlatan ó un loco.—Todo esto es preciso conceder al crítico para que pueda salir adelante con su empresa contra Jesucristo.

¡Qué confesion más paladina, qué prueba más manifiesta de que se apoya la divinidad de JESUCRISTO en los fundamentos de la razon y de la conciencia, que no poder atacarla sin destruir también estos fundamentos de toda crítica, de toda certidumbre, de toda conviccion. ¿Nunca fueron nuestros apologeticos tan concluyentes ni tan probativos?

Pero no es esto aún todo. Para poder contradecir ventajosamente las obras sobrenaturales por las que manifestó JESUCRISTO su divinidad, y los testimonios históricos que las refieren, es preciso presuponer que son siempre imposibles tales obras y falsos tales testimonios. Y es preciso partir de esta presuposicion como de un principio que no puede discutirse. Con esta sola condicion se tendrá razon contra los milagros de Jesús y los Evangelios. Es decir, con la condicion de negarlos simplemente sin prueba, contra toda prueba; de partir de lo desconocido á lo conocido, y de erigir en solucion lo que está en cuestion. Con la condicion, sobre todo, de no tolerar la discusion del gran punto de partida de esta nueva dialéctica, la imposibilidad de lo sobrenatural, y la idea de Lucrecio sobre que todo se verifica en el mundo

Como es para nosotros la divinidad de JESUCRISTO una cosa, no sola-

por leyes en que no tiene parte alguna la intervencion personal de seres superiores: el ateísmo.

Así: ¡gloria á nuestra fé! ¡confirmacion la mas patente que haya recibido jamás! Hállanse Dios y JESUS de tal suerte ligados juntamente uno á otro en el entendimiento, y en la verdad, que para negar que JESUS sea Dios, es preciso suprimir á Dios; es preciso atacarle en JESUS como en sí mismo. Es forzoso atacar al HIJO en el PADRE, y al PADRE en el HIJO; tan cierto es, segun la táctica curiosa del error, esta gran palabra ya citada de JESUS:—«EL PADRE está en mí y yo en el PADRE; yo y el Padre somos una misma cosa (1).»

Jesucristo es, pues, Dios, si es que hay un Dios; puesto que el único principio de donde se hace derivar su negacion es la de Dios mismo. No hay, pues, lugar para el deísmo entre la fé en Jesucristo y la fé en Dios; hasta tal punto se penetran y se confunden estos dos objetos de la fé, no digo en el culto de los creyentes, sino en la guerra de los impíos.

“¿Creeis en Dios?—dice M. Proudhon,—si la afirmativa, sois cristiano, católico..... si la negativa, atreveos á decirlo; porque entonces, declarais la guerra, no solamente á la Iglesia, sino á la fé del género humano. Entre estas dos alternativas, solo hay lugar para la ignorancia ó la mala fé (2).

“Jamás hubiera contradicho la autoridad de la Iglesia, si yo admitiera lo sobrenatural; antes me hubiera postrado ante una fé tan antigua, fruto de la elaboracion mas sabia y mas prolongada de que ha dado ejemplo el ingenio humano (3).

“¡Oh! ¡el Cristianismo es sublime, sublime en la magestad de su dogma y en el enlace de sus deducciones! Jamás se concibió ni organizó entre los hombres pensamiento mas elevado, ni sistema mas vasto. Y yo juro aquí que si llega la Iglesia á destruir la tésis (antítesis) que yo le opongo, abjuro mi filosofía y muero en sus brazos (4).

“Si reconocéis un Ser Suprême, ¡de rodillas ante el Crucificado [5]!” Admitido Dios, es preciso proclamar que JESUCRISTO es Dios, que el cristianismo es la religion verdadera, que el catolicismo es su foco conservador. No hay otra razon para no ser verdaderamente católico que ser ateo, que eliminar lo sobrenatural, lo absoluto, Dios: así como no hay otro medio práctico de negar á Dios que negar á JESUS, á CRISTO á DIOS CON NOSOTROS.

Esta es la empresa de nuestros nuevos Titanes que escalan el cielo y la conciencia humana para arrancar de él á Dios; amontonando la negacion de JESUCRISTO sobre la de Dios, y la de Dios sobre la de JESUCRISTO, y solo consiguen con estas dos reciprocas negaciones afirmar y confirmar estas dos verdades una con la otra, y rodar al peso de sus propios argumentos.

JESUCRISTO no es solamente Dios para los que creen en Dios, sino que prueba que lo es, aun respecto de los mismos que no creen en él.

(1) Porque aunque el PADRE y el HIJO son dos personas divinas, son un solo Dios.

(2) De la justicia en la Revolucion y en la Iglesia t. I, p. 38.

(3) De la justicia en la Revolucion y en la Iglesia, t. I.

(4) Ibid., p. 164.

(5) Ibid., t. II, p. 207.

Esto es lo que vamos á ver por medio de M. Renan en los capítulos siguientes.

CAPITULO VI.

LAS PROFECÍAS.

En efecto, principiando por esta primer prueba de nuestra fé, las profecías, consideradas en todos los caracteres que presentan, son cosas sobrenaturales y milagros de primera clase. Si se hallan bien demostradas, prueban, pues, un poder sobrenatural y su intervencion en el mundo para atestiguar en JESUCRISTO.

Ya he desarrollado esta prueba en un extenso capítulo del cuarto volumen de mis *Estudios*. No intento reproducir aquí este trabajo. Solamente me permitiré remitir allá al lector que desee convencerse de uno de los asuntos mas grandes y mas dignos de él.

Supuesto este trabajo, solo me propongo mostrar la confirmacion que recibe en la *Vida de Jesus* de M. Renan, confirmacion, en mi concepto decisiva, y despues de la cual no hay cuestion.

Esto no es decir que hubiera cuestion sería hasta el dia sobre el valor de las profecías, sino que habiendo negado la incredulidad esta prueba, lo mismo que todas las demas, habia eludido su fuerza. Hoy que se decide, en fin, á abandonar este papel por demasiado insignificante y gastado, arriesgándose á entrar en el terreno positivo de la explicacion, cae fatalmente en una confesion, de la que trata de librarse de un modo ridiculo, segun vamos á ver.

I.

Nuestros adversarios están conformes con nosotros desde luego en este punto capital: que cuando reúne una profecía todas las condiciones de tal, es un hecho sobrenatural y equivale al mayor milagro.

M. Havet lo dice expresamente: “M. Renan borra de la *Vida de Jesus* toda profecía, todo milagro, en una palabra, todo lo maravilloso (1). De suerte que coloca en la misma línea la profecía, el milagro, lo maravilloso.

“El ortodoxo, dice tambien M. Renan, no necesita probar el milagro; se contenta solamente con no verse ó no creerse obligado á negarlo. Un ejemplo hará esto mas perceptible. El crítico abre un Evangelio y encuentra en él la prediccion precisa y circunstanciada de la toma de Jerusalem y

[1] Revista de ambos Mundos de 1.º de Agosto de 1863, pág. 63.